

Cuadernos del Sur

AÑO 11 - Nº 20

Diciembre de 1995

Tierra
del Fuego

La imaginación productiva

Homenaje a André Gorz, un
realista revolucionario de nuestros tiempos*

Oskar Negt

Querido André,

Saludarte en tu 65º aniversario de una manera acorde a tu forma de vida como autor científico, filósofo social y socialista haría necesario, en realidad, un homenaje crítico muy amplio a tu obra. Me detuve ya en el primer intento de realizar semejante propósito. Saber más de tu vida me podría facilitar la tarea que me propuse -de expresarte mi profundo respeto- mediante una comparación entre tu vida y tu obra y encontrando quizás aquí y allá algo contradictorio o inexplicable.

Pero, lamentablemente, casi no te conozco personalmente; incluso te puede parecer impertinente que te tutee después de tantos años de no habernos visto. Si no me equivoco, nos encontramos una sola vez -junto a Ernest Mandel, Herbert Marcuse y Theo Pinkus- con el propósito de contribuir a través de un proceso de autocomprensión a que la Nueva Izquierda, que había empezado a fragmentarse y deshacerse a principios de los años setenta, pudiera salir del callejón sin salida desde el punto de vista organizativo en el cual se encontraba sin lugar a dudas. Esta conferencia, realizada en territorio suizo, fracasó tan terriblemente que yo seguía sintiendo malestar durante más de una década frente a este tipo de propuestas. Que aquella jornada haya fracasado, igualmente, no tuvo nada que ver con nosotros dos. Te mantuviste en el fondo, corrigiendo de vez en cuando con gestos educados algún desacuerdo demasiado obvio de los protagonistas del debate, mientras que la incomprendición mutua en la controversia dominan-

* Este texto fue publicado originalmente con el título "Ausproduktiver Phantasie - ein revolutionärer Realist unserer Zeit" en el libro de Hans Leo Krämer y Claus Leggewie (ed.): *Wege ins Reich der Freiheit - André Gorz '65. Geburtstag. Rotbuch Verlag, Berlin 1989.* Traducción del original en alemán para Cuadernos del Sur por Katharina S. Zinsmeister, Buenos Aires, revisada por Sabina Benning. Publicado con la colaboración de Wolfgang Leo Maar desde San Pablo, Brasil.

te, que se desarrolló entre Mandel y Marcuse, envenenó el ambiente de debate durante toda la jornada e hizo enmudecer a los demás participantes.

A veces es a partir de situaciones demasiado poco espectaculares como nos formamos una imagen duradera de las personas. Así, rescaté para mí como resultado de esa jornada, en general bastante desastrosa, la diferencia flagrante entre el espectáculo de violentos discursos y ciega convicción que nos hicieron presenciar Mandel y Marcuse en su afán de no comprenderse, por un lado, y, por el otro, el apasionamiento cauto y racional que caracterizó tus intervenciones. En ese entonces me formé una idea de cómo piensas. Fue para mí como si ya te conociera personalmente; supongo que no es casual que, en todo el tiempo transcurrido desde entonces, ninguno de los dos haya buscado ni encontrado una oportunidad para conocer mejor al otro. Lo que había percibido y aprendido a través del estudio de tus escritos se correspondía tan plenamente con la imagen que me hice de tí en ese momento que me puse muy contento y se desvaneció la necesidad que había sentido anteriormente de conocerte más de cerca. Quizás haya sido mejor así porque de esa manera evité aquellos desencuentros que se producen casi inevitablemente cuando los hombres empezamos a conocernos como tales.

Debo comenzar con un comentario tan personal porque si no, no encuentro un punto de partida diferente a aquél de quien evalúa y critica tus escritos. Tanta distancia sería demasiada para mi gusto y no se corresponde con lo que, por lo menos yo, siento que existe entre nosotros. No sabrás y tampoco nunca te lo hice saber que perteneces, a pesar de la poca diferencia de edad entre nosotros -son sólo diez años-, a mis maestros secretos. Cuando paso revista de los casi treinta años que conozco tu producción literaria, no descubro casi ningún libro y sólo unos pocos ensayos y entrevistas tuyos que no he leído. Y eso que ni te sé explicar bien en dónde radica que tus escritos me hayan fascinado tanto. No es que siempre hayas coincidido con mis propias convicciones y prejuicios; en muchos puntos, ciertas concepciones tuyas suscitan mi protesta, hoy más que nunca. Igualmente he tenido siempre la sensación de que escribe alguien que se enfrenta a los hechos y las condiciones reales, les da vueltas y vueltas hasta que toman una forma poco acostumbrada pero que quizás se corresponde más con la realidad que todo lo que acerca de ellos se dijo anteriormente. Es a través de tu modo de pensar, tu racionalidad iluminista (*sachliches Pathos des Aufklärers*), que tus escritos han acompañado mi vida intelectual hasta el día de hoy.

Preguntándome en qué consiste lo característico de ese modo de pensar,

se me ocurren diferentes aspectos posibles. Como ya dije, no conozco tu vida personal, tampoco sé nada de tu familia, de cómo viviste tu infancia y adolescencia, por qué te fuiste a Francia, empezaste a trabajar con Sartre y aceptaste a París como centro político-cultural de tu producción intelectual. Nada de todo ello podría incluir en este saludo para tu 65º aniversario. Es, por lo tanto, una mirada muy subjetiva desde la cual me enfrento con los productos de tu pensamiento.

Mi relación con tu pensamiento tiene que ver con la carencia relacionada con mi admiración profunda del espíritu cartesiano, encarnado, desde mi punto de vista, en el Iluminismo y la Revolución Francesa, que contribuyó a formar la idea de racionalidad política. Siempre me dolieron las carencias de los autores franceses en ese sentido; no pude deshacerme de la sensación de que la tradición filosófica de Kant a Hegel, de la crítica epistemológica y la importancia especial puesta en la problemática de la relación entre sujeto y objeto, no ha tenido ningún significado político para gran parte de los intelectuales franceses. Con excepción de Alexandre Kojève -quien rescató la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel, aunque apuntando y limitándola a la cuestión existencial del riesgo de muerte; y Maurice Merleau-Ponty -quien desarrolló un concepto más amplio y rico de la dialéctica histórica desde un enfoque fenomenológico- fuiste tú para mí el único autor francés a quien he podido seguir en un pensamiento dialéctico vital. Si bien fui educado y formado en los seminarios filosóficos de Horkheimer y Adorno, ya había comenzado tempranamente a militar en la SDS y en los sindicatos y absorbí ansiosamente tus escritos que eran para mí la combinación de un trabajo de transmisión teórico-dialéctica, de obstinación sindicalista y el desarrollo de una perspectiva socialista general; has sido para mí entonces el autor político.

Igualmente, desde que inicié mis estudios en 1956 en Frankfurt, nunca me habían transmitido un Marx puro y sin rupturas; los docentes del Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigación Social) donde estudiaba - Manfred Teschner, Gerhard Brandt y Jürgen Habermas- me enseñaron un Marx ampliado desde un enfoque político que superaba al enfoque estético de Adorno. Debo a sus estímulos haber conocido los trabajos de Maurice Dobb, Paul Baran y Paul Sweezy. Pero para mi militancia en los sindicatos, en la SDS y en un primer momento también en el Partido Socialdemócrata, este conocimiento básico me pareció insuficiente. Le faltó la dimensión estratégica que requiere una práctica política que pretende transformar diariamente las condiciones a las que nos enfrentamos.

Después de trabajar durante dos años como ayudante de cátedra en la

Escuela de Formación Sindical del DGB en Oberursel me enfrenté al problema de que las formas tradicionales de formación obrera ya no eran practicables y que deberían encontrarse nuevas formas. Durante varios años estuve buscando una solución al dilema de la formación sindical. Experimenté con modelos prácticos, adopté elementos de las didácticas más variadas, estudié Humboldt y los proyectos alternativos de aprendizaje, como i.e. la gramática generativa de la Escuela del Odenwald. Pero entendí desde el primer momento que la formación obrera no se podía encarar según los mismos principios que la escuela común. Recién en diciembre de 1964, si recuerdo bien, o aún un poco más tarde, cuando cayó en mis manos tu libro *Strategie ouvrière et néo-capitalisme*, publicado por "Editions Du Seuil", encontré una solución para mi concepción de formación obrera. Con mi desplorable francés del colegio leí este libro una y otra vez y tan intensamente que lo supe prácticamente de memoria -además se deshizo el libro y tuve que volver a comprar la edición francesa. Este libro fue fundamental para mí, más que nada en un punto decisivo: la disolución de toda rigidez antinatural en la relación entre reforma y revolución.

Te puede parecer extraño, pero la fórmula de las "reformas revolucionarias" acuñada por ese libro superó para mí una contradicción, para la cual hasta entonces no había encontrado solución; la contradicción entre los principios de una transformación revolucionaria de la sociedad y las luchas diarias por la búsqueda de cambios parciales, también tan necesarios. Es imposible trabajar en los sindicatos con una conciencia que niegue que las luchas cotidianas por el poder y en defensa de los propios intereses provoquen cambios en la estructura de la sociedad capitalista. Si ello ocurre, se disocia el gran objetivo de la transformación socialista de la realidad y degenera hacia un mero conjunto de ideas individuales. Sigo considerando correcto lo que decías en ese entonces: "Es una vieja pregunta: ¿reforma o revolución? Era (o es) primordial cuando el movimiento obrero tenía (o tiene) la elección entre la lucha por reformas o la rebelión armada. Pero eso ya no es el caso en Europa Occidental. Por lo tanto esa pregunta ya no es una disyuntiva: sólo existe la posibilidad de 'reformas revolucionarias' que tengan como objetivo la transformación radical de la sociedad." ¡Así es! Muchos errores organizativos y/o tragedias humanas de la izquierda radical se podrían haber evitado tomando en serio tus afirmaciones.

Pero cuando las reformas revolucionarias dirigidas a una transformación radical de la sociedad son posibles objetivamente, entonces se abre un campo amplio para una acción sociocultural con el objetivo de transformar la conciencia colectiva y los valores respecto de los contextos labora-

los específicos que estructuran la vida cotidiana de las personas. Tampoco cuestionaste nunca que existen también reformas que contribuyen a estabilizar el capitalismo. Pero eso no constituía un problema para las corrientes hegemónicas del marxismo que desvalorizaban en general las reformas como puros mecanismos de integración.

En otros dos aspectos tu análisis contribuyó a formar mi concepción de los sindicatos, prácticamente invariada hasta hoy. Manteniendo los principios básicos de la teoría marxista respecto del trabajo asalariado y del capital, mostraste que, al señalar esa contradicción básica del régimen de dominación, se hace bastante poco para fortalecer y ampliar el poder del movimiento obrero. Por el contrario, para ello hay que hacer una análisis sociológico y económico preciso y detallado de los lugares de trabajo, de la realidad específica de las empresas, de las finalidades del trabajo y de las condiciones culturales de la reproducción de la fuerza de trabajo. Desde un pensamiento obstinadamente propio e independiente enfatizabas la posición del hombre como productor y su lugar en la producción ante una opinión pública que tendía a glorificar más bien al 'consumidor promedio' o 'ciudadano' en cuanto votante. Revelar el significado enorme que implican las transformaciones de las relaciones y condiciones laborales para la estabilidad democrática es una forma de concretar la teoría marxista que implica importantes consecuencias políticas. Ese proceso todavía no se puede dar por concluido.

Las categorías y los conocimientos surgidos en ese escrito estratégico siguen siendo vigentes, no porque la realidad no haya variado desde entonces, sino porque los problemas allí señalados siguen existiendo. Es más, incluso durante los años siguientes se agudizó la crisis de la democracia representativa allí analizada, se fortalecieron concepciones ideológicas centradas en los consumidores y se volvió a un concepto de democracia que se relaciona con la autodeterminación y la capacidad organizativa de los hombres en sus condiciones reales de vida.

Querido André, hasta hoy no me queda claro por qué abandonaste esta búsqueda de una solución para el orden social capitalista centrada en la emancipación humana. Quizás las experiencias del Mayo Francés te hayan llevado a sacrificar el enfoque de las necesidades y los intereses que habías defendido como nadie, ni siquiera Marcuse, en el altar poroso de un "partido revolucionario" cuyo status de agente histórico del cambio postulado por Lukacs justo había sido sometido a una crítica fundada y políticamente relevante durante la segunda mitad de los sesenta. Como siempre percibí con gran interés todo lo que decías, me sorprendí enormemente al leer en

1969 el prólogo de una reedición de la *Stratégie* que se refería al Mayo Francés. Allí leí frases que, según mi criterio, no podían ser explicadas por las circunstancias del momento. En este nuevo prólogo decías: "Temas de este tipo -como la crítica de las formas de consumo, cultura y concepciones de vida existentes...- apenas han perdido su actualidad. Sí, al contrario, existe entre las muchas limitaciones de la edición anterior una que me parece mucho más clara hoy: la 'estrategia del movimiento obrero', que trataba de esbozar, aparece poco clara y más que nada extrañamente muda respecto de la dimensión política y su instrumento, sin el cual ni siquiera puede imaginarse una 'estrategia ofensiva': este instrumento es el partido revolucionario." -¿Qué te había pasado? ¡Si justamente no fue un partido revolucionario el que inició y organizó el Mayo Francés! ¿Habías perdido de repente esa paciencia revolucionaria y ese espíritu sano que habían caracterizado el trabajo de hormiga que era tu *Stratégie ouvrière* con sus largos e intrincados caminos de aprendizaje y acción? Por supuesto, no lo sé. ¿No habrías sentido en secreto el deseo de que algún día surgiese un "partido revolucionario" al estilo leninista de los restos mortales de los partidos estalinistas arteroescleróticos de Europa Occidental? No lo sé. Era ese el momento en el cual no solamente se ponía de manifiesto la crisis de una teoría partidaria estalinista escindida de la idea revolucionaria, sino que también los partidos leninistas y maoístas trataban de recuperarse mediante un acercamiento errático a los nuevos movimientos que se iban formando. Que hayas retomado justo en ese momento la idea de la existencia de un partido revolucionario, es, perdóname mis duras palabras, una ruptura en tu pensamiento que quizás nunca lograste superar.

Es extraño que recién en el '68 tu manera escéptica de acercarte a la crítica de la economía política, al movimiento obrero con todas sus divisiones, incongruencias e internas burocráticas haya sido reemplazada por la idea vanguardista de una organización política única que reuniría todos los factores esenciales de un proceso revolucionario y lo definiría. Los clivajes interiores del movimiento obrero siempre habían sido tu tema. ¿De dónde viene ahora la fe en una vanguardia incorruptible? La organización revolucionaria se transforma en una fórmula mágica que no reemplaza el movimiento espontáneo de las masas, pero igualmente sigue siendo una pequeña minoría activa que, en su función de llevar adelante acciones ejemplares, interpreta lo que está ocurriendo y señala el camino. Por lo menos más o menos así lo expresas en tu artículo principal en *Les Temps Modernes* del 6 de mayo de 1968.

Igualmente, nadie que haya participado en este movimiento moviliza-

dor del '68 tiene razones para expresar su regocijo ante los fracasos de los demás. Tampoco es posible describir en pocas palabras los errores que yo cometí. Son otros, por cierto. Lo raro es que, de golpe, desconfías del trabajo de hormiga, aunque es éste justamente el único que puede servir como explicación del Mayo Francés; sin rodeos, aunque tu lo deberías haber sabido mejor, apuestas una vez más a transformaciones del centro del poder político. Quizás no a otra toma de la Bastilla o conquista del Palacio de Invierno, pero algo parecido debe habérsete cruzado por la cabeza cuando ya afirmaste en *Les Temps Modernes* de febrero del '67 que la transición del capitalismo al socialismo no sería progresiva y casi imperceptible, sino producto de una "lucha final".

Como debes saber, ya Engels temía esta lucha final como expresó poco antes de su muerte en 1895, cuando afirmó (y creo que con razón) que, tomando en cuenta los medios de destrucción acumulados por la clase dominante, el resultado de semejante acto revolucionario sería sumamente dudoso. También decía que no era posible jugar todo a una sola carta. Lo que yo critico de tu posición es que desvaloriza, a veces indirectamente, a veces en forma muy abierta, aquel reformismo revolucionario que influyó profundamente en mi forma de pensar la acción sindical.

Así como lo decías en 1967, es difícil oponerse. Pero esta falta de diferenciación con la que hablas de "clase obrera" se debe a una exaltación compensatoria de un conjunto contradictorio de protestas y resistencias; ella lleva a un concepto de clase y a una idea de organización revolucionaria idealizados:

"La clase obrera no concretará su unidad política y no protestará con violencia para conseguir un 10% de aumento salarial o 50.000 viviendas obreras más. En el futuro próximo no habrá una crisis tan dramática del capitalismo europeo capaz de provocar a las masas obreras de tal forma que vayan a un paro general revolucionario o una rebelión armada para defender sus intereses vitales inmediatos. Pero jamás la burguesía entregará el poder sin lucha y sin ser obligada a ello por acciones revolucionarias de las masas. El problema fundamental de una estrategia socialista es, por lo tanto, crear las condiciones objetivas y subjetivas que posibiliten acciones revolucionarias de las masas y hacer lo posible para que estas luchas con la burguesía pueden sostenerse y ser ganadas." (*Les Temps Modernes* Nº 249, febrero de 1967).

Todo eso es correcto; pero aunque las masas fueran a la calle por razones muy diversas y arriesgaran un paro general o incluso la rebelión armada, aún así no se habría tomado todavía una decisión entre capitalismo o

socialismo. Las formas de vivir de la gente, sus salarios, sus identificaciones con su trabajo, sus condiciones de vida, nacionalidad o religión no son aspectos que están al margen del proceso revolucionario. Así siempre te había comprendido y sigo pensando que es correcto.

Si llego a malinterpretarte, espero que utilices la primera posibilidad que se te presente para poner las cosas públicamente en su lugar. Estoy seguro que lo harás. Por lo tanto me permitió llevar mi crítica a su máxima expresión, allí donde las cosas aparecen distorsionadas hasta tal punto que se muestran con toda claridad. ¿Será posible que justo tu substancialización de la clase obrera a partir de la experiencia inmediata del movimiento de rebelión del Mayo Francés haya contribuido a que hayas sido arrastrado cada vez más, durante los años setenta, por la corriente de los despidos? Eres para mí el único intelectual parisino al que liberaría de toda sospecha de que su desarrollo intelectual no esté sometido exclusivamente a la estructura inmanente de la tensión entre concepto y realidad, sino al principio barato de decir adiós a todo lo que había defendido antes con una radicalidad creciente. Seguro que muchas veces encabeza un movimiento teórico justamente aquel que se desprende con más coraje y coherencia de los principios que le hicieron ganar posiciones hasta ese momento.

¡Qué actual sería hoy tu libro *El socialismo difícil!* Mucho más que en 1968. Es una obra maestra de la mediación dialéctica, aprehensible por ser concreto y tan generalizador al mismo tiempo. El título indica de qué se trata. El socialismo no está pasado de moda, pues pocas de sus reivindicaciones históricas se han hecho realidad; pero es necesario abandonar las concepciones primitivas de traspaso de la teoría a la práctica para dar su significado actual a ese concepto.

Sé que es injusto respecto de tu pensamiento, que avanzó a pasos pensados y medidos y que representa para tí un gran esfuerzo, decírtelo que llegas, a mediados de los setenta (a más tardar), a establecer un tipo de relación con la teoría marxista en el cual se va imponiendo crecientemente un individualismo crítico al pensamiento dialéctico-materialista, limitándolo cada vez más. De la misma manera que hasta entonces te hubieras asustado pensando que una idea pudiese no ser dialéctica, tu conciencia teórica se tranquiliza ahora con una relación dualista entre dos hechos contrarios.

Sin embargo, todavía no quiero hablar de ésto; para mí, se trata en primer lugar del problema de los despidos. Aunque se diga adiós al proletariado en cuanto sustancia, porque se reconoce que la fuerza transformadora que se le había atribuido a un partido revolucionario no es capaz de

construir una nueva sociedad - ¿tiene que considerarse por eso a todo lo que representa el movimiento obrero (también los sindicatos que se refieren a ese contexto de intereses) como irrelevante para el proceso emancipatorio de la humanidad? No lo ves tan simple, ya lo sé. Sin embargo, en el *Adiós al Proletariado* hay tantas diatribas contra Marx, contra la dialéctica hegeliana, contra el contexto histórico del socialismo y finalmente contra las orientaciones que atribuyen valor a las categorías de la sociedad de trabajo, que tu mirada de los hechos ya no queda determinada por la búsqueda de ampliar y completar tu visión en el buen sentido hegeliano de superación (*Aufhebung*) y/o de precisión. Se transforma en una búsqueda de lo trascendental, de la disociación de las dificultades terrenales de los problemas, en fin: de la salvación (*Erlösung*).

El proletariado ya no puede provocar este salto. Se ha mostrado incapaz de convertirse en la gestalt unificada de un sujeto dotado de voluntad y conciencia como lo formuló el Engels temprano: "Reclamamos la esencia de la historia." Pero, los nuevos movimientos sociales, ¿están capacitados para ello? ¿Existe, en la realidad, una fuerza única capaz de producir cambios sociales, que se podría definir, en analogía con el individuo, como sujeto?. Sin duda, si discutiéramos esta cuestión cara a cara, llegaríamos a la conclusión de que ¡no!

André, podrás deducir de mis palabras que una fecha tan personal como tu 65 cumpleaños motiva mi polémica hasta tal punto que incluso en mis desacuerdos te tengo que mostrar la gran simpatía que siento por tí. Nunca antes lo he hecho así. En algunos textos sueltos quizás, pero más bien enfatizando las coincidencias o polemizando respecto de aquello que rechazo. Igualmente hubo siempre un debate implícito entre tu trabajo intelectual y el mío. Antes predominaba el consenso, hoy, las críticas son más frecuentes. No me considero de ninguna manera un marxista intransigente frente a condiciones cambiantes, sin embargo me extrañan tantos giros repentinos en los conceptos e interpretaciones como los tienen algunos pensadores actuales. Soy una persona que aprende lentamente; y como me ha costado un gran esfuerzo adquirir las nociones de las cuales dispongo hoy, no sorprenderá que tampoco me gusta desprenderme de ellas tan rápidamente. Quizás también se deba a que, en general, me cuesta desprenderme de las cosas; ya mencioné que he notado en tí dificultades similares frente a cambios repentinos de posiciones. Tu adiós al proletariado está signado por la melancolía y el duelo y, diría yo, también por contradicciones y distanciamientos afectivos poco reflexionados.

Antes de llegar al final de esta carta con motivo de tu aniversario, en la

cual mi reconocimiento a los desafíos planteados en tu obra quizás quede un poco desplazado por las polémicas que planteo, me quiero referir a una cuestión que me ocupa mucho últimamente, que es la pregunta por la trascendencia histórica de las utopías de la sociedad de trabajo.

Todavía no conozco tu último libro; como mi francés no es nada del otro mundo, prefiero esperar la traducción. Por lo tanto no sé si quizás allí se encuentran ya algunas respuestas a las preguntas que ahora voy a plantear. Posiblemente puedan llevar a rectificar mis argumentos. Estoy muy de acuerdo con muchas cosas que escribiste desde mediados de los años setenta, cuando se inició la Segunda Restauración de la posguerra y comenzaron a derrumbarse muchas de las utopías socialistas en la conciencia de la izquierda. Ya antes de que fuera un tema cotidiano en los medios masivos, habías planteado los principios esenciales de la problemática de la relación entre economía y ecología en unos análisis tan precisos que siguen siendo fundamentales. Describiste en forma impactante los procesos erosivos que tienen lugar actualmente en los sistemas partidarios y las instituciones burguesas. Tus dos pequeños escritos sobre la crisis de crecimiento, editados en Alemania por la editorial Rowohlt -Ökologie und Freiheit (Ecología y Libertad) y Ökologie und Politik (Ecología y Política)- son textos básicos de la ciencia social, frente a los cuales muchas contribuciones académicas más recientes no son en realidad más que plagios. Todos tus análisis se caracterizan por combinar de una manera imaginativa la descripción exacta de lo fenomenológico con una dialéctica conceptual minuciosa de las relaciones entre lo particular y lo general.

Pero, además, siento allí todavía la lucha del teórico socialista por aprehender fenómenos contradictorios desde un universo conceptual caracterizado por la mediación dialéctica, la negación resuelta, los preceptos materialistas y, finalmente, el contenido histórico de las ideas y de los hechos. Jamás tuve la sensación de que te sintieras obligado a rendir tributo al espíritu de una época, que renunciaras a tu pensamiento autónomo intentando penetrar en las profundidades de la realidad. Pues, incluso tu concepción partidista que surgió repentinamente en el '68 se oponía más bien, en ese momento, al pensamiento dominante de la izquierda.

Para decirlo simple y abiertamente: aquella concepción (que también tu defiendes) que niega la utopía de una sociedad de trabajo, considerada no como un conjunto abstracto de fenómenos aislados y muy heterogéneos, sino como una afirmación histórica del presente, afirmando que se ha acabado y que pertenece al pasado, constituye para mí un retroceso hacia un idealismo moralista que ya no se quiere comprometer con las dificultades

de las condiciones reales. Me parece completamente evidente que las utopías de la sociedad de trabajo no se encuentran agotadas a nivel mundial, sino, por lo contrario me resulta evidente que los pueblos pobres nutren sus esperanzas de liberación de la miseria justo en el desarrollo de una sociedad de trabajo.

Pero quizás no sea éste el punto central; es justamente en el concepto de trabajo donde se dividen nuestras posiciones. Lo que describes desde el inicio como dos utopías que compiten en el seno del movimiento obrero, es decir una utopía de sociedad de trabajo y otra de sociedad cultural o de tiempo libre, no es nada más que la esencia del socialismo como lo he entendido hasta ahora. Liberación en el trabajo y liberación del trabajo no son movimientos históricos de intereses que se confrontan al exterior y que se excluyen mutuamente, están relacionados entre sí de tal forma que una cosa no puede lograrse sin la otra. La realidad social no es susceptible de una división en compartimientos estancos, como una división del trabajo, cuando se trata de su emancipación, dentro de la cual el hombre se puede encontrar autónomo, libre y sujeto a sus propios fines en un aspecto aislado de su vida, más o menos así como Kant se imaginaba el imperio de los fines autodeterminados; aunque incluso Kant solamente se animó a usar la fórmula cauta de que los hombres deberían tratar a sus pares no solamente como medios, sino siempre al mismo tiempo también como fin.

En tus escritos ecológicos todavía sostenías la concepción de que, para construir una nueva sociedad, era necesario transformar uno de los componentes más duros de nuestra realidad actual, la tecnología. Literalmente: "Sin una lucha por tecnologías diferentes, la lucha por una sociedad diferente será en vano." Eso es correcto, pero ¿no quiere decir eso que las potencialidades tecnológicas deben ser escindidas del contexto de dominación del capital para servir a los intereses emancipatorios? La liberación de las potencialidades de las fuerzas productivas respecto de las relaciones de dominación, caracterizadas en Europa Occidental por el capital y en los países del Este por la burocracia de la economía planificada, aparece como acto de liberación necesario e indispensable para la transformación de los hechos reales.

Si ésto vale para las tecnologías, ¿por qué entonces, André, te resulta tan difícil aplicar lo mismo al trabajo, rescatándolo de la sumisión al capital?

Así como defines el trabajo remunerado, se trata per se de trabajo alienado, trabajo para fines ajenos, es más, la administración de la propia individualidad se representa exclusivamente como medio para un fin. Si conci-

bes el trabajo de manera tan estrecha y si ello es un proceso histórico inevitable, que puede ser separado en el fondo solamente de las actividades humanas autodeterminadas que expresan sus necesidades autónomas, entonces queda construida una estructura dualista de la sociedad a partir de principios casi lógicos, que reproduce, bajo condiciones totalmente diferentes, el viejo prejuicio de la polaridad lisa y llana entre proletariado y burguesía.

Es la vuelta a una mentalidad corporativista algo extraña en la cual se enfrentan de una forma inmediata las potencialidades libertadoras, los espacios individuales y familiares, la individualidad etc. a aquella realidad que ha sido denominada socialmente con el término simbólico de "heteronomía". Aquí se localiza simplemente la alienación, la dominación, la negación de la individualidad, en el fondo todas las características negativas que alguna vez habían sido asignadas a la burguesía en la visión crítica del proletariado sustancializado.

Tus formulaciones me irritan; pero, tal vez, no estemos tan lejos uno del otro. La crítica al industrialismo, a las consecuencias desastrosas del crecimiento y a la producción desconsiderada, desde el punto de vista social y humano, la resistencia moral interior frente a la contradicción escandalosa entre una riqueza social casi infinita y el empobrecimiento creciente de algunas clases y de relaciones que podrían contribuir a incrementar la autonomía de las personas, todo ello está descripto en tus análisis con una seriedad y exactitud que permitió el surgimiento de imitadores en el ámbito profesional, pero no de verdaderos competidores competentes que te pudieran igualar.

Todo gira alrededor del concepto de trabajo; y cuando digo concepto de trabajo, lo entiendo en el sentido amplio de Hegel y Marx. Estoy trabajando sobre la ampliación sociológica y cultural del concepto de trabajo, considerando al retroceso del trabajo industrial y del trabajo remunerado en el sentido tradicional, como partes del concepto de trabajo como categoría histórica fundamental, escindida de la relación capitalista. En ese sentido me comporto como un tradicionalista; no creo que aquellos conceptos históricamente acuñados, que se refieren a condiciones específicas, desaparezcan del mapa por su redefinición. Por consiguiente, lo que tu distingues dentro del concepto de trabajo -trabajo remunerado, trabajo propio, actividades autónomas- es para mí el desarrollo histórico específico de un concepto único de trabajo, que se ha disociado progresivamente, y en la última década en forma acelerada, de la estructura decadente de dominación capitalista y que proporciona posibilidades propias y vitales de desarrollo. Si

tu intención fuera la de separar, mediante una definición, los tres tipos de trabajo para llegar a una diferenciación analítica del concepto concreto del trabajo bajo las condiciones actuales, estaría de acuerdo.

Pero el verdadero problema que se presenta entre estas definiciones en la realidad, consiste en que cada una de ellas produce, en el contexto de una sociedad global, su contrario, o que depende una de la otra. Bien puede pensarse que las actividades autónomas, disociadas del trabajo remunerado, se demuestren como sumamente heterónomas, es decir dependientes, si no contienen algún elemento del trabajo remunerado. La disolución de la producción en masa del fordismo no es una ideología. Para mí, el problema está en separar claramente estas definiciones: ¿cómo podría vivir, por ejemplo, un artista cuya actividad sin duda se representa en su forma como tipo ideal de actividad autónoma, si ésta no tuviera elementos de un trabajo remunerado?

Aunque exista en la realidad la tendencia a polarizaciones y relaciones dualistas, no me puedo desprender de la idea de que la verdadera relación entre las cosas consiste en la mediación intrínseca entre las respectivas construcciones dualistas: querer verla requiere un análisis de las microestructuras.

Fuiste para mí tanto camarada, amigo, como compañero en mi camino por las ciencias sociales, aunque con esta distancia que reduce los agravios personales a un mínimo, sería desagradable homenajearte evitando la crítica, aún dura.

Quien hoy se concibe todavía a sí mismo como marxista y como socialista, seguramente tiene muchas razones para renunciar a un discurso patético que estiliza a determinados grupos, clases o grandes personalidades como modelos, sujetos o medios de la liberación; también los así llamados movimientos alternativos: el ecologismo, el movimiento de mujeres, las luchas por la ampliación del mercado laboral secundario y las actividades autónomas, que hoy parecen expresar lo que los socialistas siempre habían deseado, no lo han podido realizar por la falta de un proceso revolucionario, todo ello debe ser objeto de un sinceramiento, lo cual requiere más que nada de un verdadero balance. Desde hace diez años se está hablando del derrumbe de la utopía de la sociedad de trabajo, en el mejor de los casos, que tantos hablen de él me hace sospechar que estamos frente a una amnesia colectiva. Mi resistencia se dirige contra la rapidez con que se desechan posiciones y se adoptan otras, no por parte tuya, pero no estoy tan seguro de si lograste por completo quedarte al margen de este clima de cambios paradigmáticos acelerados que impera en París.

Un proceso de más de 500 años configuró las utopías de la sociedad de trabajo en sus diferentes vertientes, a veces incluso contradictorias. Las cosmovisiones y los estilos de vida tan asentados culturalmente decaen a un ritmo propio y generalmente muy prolongado en el tiempo. La clase obrera que se conformó cultural y políticamente durante la segunda mitad del siglo XIX, contribuyó a rescatar estas utopías del trabajo para el siglo XX, probablemente de manera más decisiva de lo que se había pensado hasta ahora. Nosotros como intelectuales podemos sentir el deseo y la voluntad de que nuestra propia forma de producir se transforme hoy, cuando la producción de la riqueza social requiere cada vez menos trabajo vivo, en el concepto dominante de trabajo. Pero para la gran mayoría de la gente, las utopías de la sociedad de trabajo todavía no se agotaron. Se acabarán recién cuando esta sociedad logre desarrollar el ocio como una característica satisfactoria y determinante de la actividad. Pero justamente el hecho de que los hombres dispongamos de tan poca capacidad de ocio, nos muestra cuán fuerte es la dominación del trabajo remunerado por sobre las demás formas de trabajo.

Al escribir todo eso, me resulta muy extraño a mí mismo que nunca antes te haya hecho todos estos comentarios críticos, ni personalmente ni por escrito. Lo que siento en la relación crítica entre nuestras formas de pensar, es la problemática no superada de nuestro legado burgués. De alguna manera, todos estábamos convencidos de que, en el socialismo, después de la revolución proletaria, todas aquellas conquistas burguesas que merecían sobrevivir ocuparían casi naturalmente su lugar en la vida cotidiana que les correspondía. Pero la subvaloración de los derechos humanos en Marx y el intento permanente de derivar todas las ideas y categorías de las relaciones de clases, de igualar la génesis con la validez, han corrompido aún el pensamiento de los marxistas críticos. Recién hoy comprendemos totalmente las consecuencias de esta carencia teórica y práctica de un enfrentamiento concreto con el legado burgués. Esto vale respecto de los derechos humanos, los cuales contienen muchas más potencialidades para la emancipación de lo que Marx había pensado; eso también vale, por ejemplo, para la cuestión de la identidad nacional y el significado social de la religión. Pero también vale para el legado burgués del trabajo.

Con ésto quiero cerrar mi disertación demasiado larga con motivo de tu 65 aniversario, si reclamas el legado burgués de los derechos humanos, también debes reclamar las utopías de la sociedad de trabajo burguesa y, más que nada aquellas de la lucha socialista por un orden mejor de las

relaciones humanas, que ha demandado muchas víctimas. No les digas adiós con tanta ligereza.

Te deseo una vida larga y como hasta ahora: llena de imaginación y creatividad.

Con cariño, Oskar Negt.

Berlín, 1988/89

Abreviaciones

SDS - *Sozialistischer Deutscher Studentenbund* (*Confederación Estudiantil Socialista Alemana*). Principal organización del movimiento estudiantil alemán durante los años 60. Protagonizó la revuelta estudiantil de 1968 y 69 impulsada por el Mayo Francés.

DGB - *Deutscher Gewerkschaftsbund* (*Confederación Alemana de Sindicatos*). Nuclea a los sectores del trabajo en Alemania.

